

SUFRIMIENTO Y HUMILDAD ONTOLÓGICA

KANT Y SCHOPENHAUER

El sufrimiento es, en sí mismo, una realidad negativa porque significa la percepción subjetiva de un mal. Toda persona trata de eludir el dolor, ya sea por medios naturales o artificiales. Sin embargo, el sufrimiento no sólo tiene un aspecto negativo, sino que tiene también un aspecto positivo. El sufrimiento es maestro de virtudes morales. Nos enseña a ser pacientes con nosotros mismos y con nuestros semejantes, nos invita a ser tenaces frente al dolor, solidarios con los que sufren, y a ser humildes frente a la vida y la muerte. Aparte de este legado moral inherente al sufrir, el sufrimiento es el catalizador de otra actitud existencial: la humildad ontológica.

1. PUNTO DE PARTIDA

El silencio debe ser el punto de partida y el punto de llegada de toda reflexión filosófica y teológico sobre el sufrimiento. Esta premisa es fundamental. No se trata de una cuestión periférica o estética, sino de la condición indispensable (*conditio sine qua non*) para construir un discurso con sentido.

El silencio implica, por de pronto, respeto. Nos callamos ante una realidad que trasciende nuestra capacidad de comprensión: la muerte de un familiar, de un amigo, de un compañero de trabajo. Nos callamos ante una situación extraña que no podemos dominar, ni siquiera interpretar o pensar. El silencio es una actitud humana y sólo humana que expresa a través de la no expresión un tipo de sensación que no encuentra una explicación racional. El silencio se relaciona siempre con el misterio, con lo inefable. Desde el punto de vista etimológico «misterio» significa lo oculto, lo escondido, lo que está más allá del fenómeno (I. Kant), lo que trasciende el mundo de los hechos (L. Wittgenstein). El misterio pertenece a la esfera de lo místico.

Como dijo acertadamente Aristóteles en su conocida *Metafísica*, la filosofía nace de la contemplación, de la contemplación de la realidad externa y personal. Sin la previa contemplación, el discurso filosófico es vacío y estéril, es una yuxtaposición de términos extraños que no comunican nada, un pasatiempo efímero para pseudointelectuales. Contemplar es el punto de arranque del verbo filosófico. Pero contemplar significa pararse en el camino, levantar la mirada y dejarse embaucar por la pluralidad de lo real. La multiplicidad de los entes sorprende y hechiza al filósofo.

En el epicentro de este espectáculo natural, el pensador descubre el sufrimiento. El sufrimiento forma parte también del paisaje a contemplar. No es algo extraño ni efímero que acontezca súbitamente, ni algo pasajero que ocurra de vez en cuando.

No. El sufrimiento es patente como la misma realidad física. A partir de este reconocimiento, la contemplación filosófica adquiere unos ribetes trágicos y absurdos. Entonces el mundo deja de ser un jardín de flores o una hermosa postal de colores contrastantes.

Ante el dilema del sufrimiento el verbo filosófico engendra la pregunta incisiva: ¿por qué existe esa nota disonante en un universo de colores, de formas y figuras variopintas? ¿Qué sentido tiene el sufrimiento en este conjunto de existencias que me rodean? ¿A qué responde? ¿Quién fue el responsable de este garabato, de esta mancha, de esta pifia ontológica?

El sufrimiento marca un punto de inflexión en el acto de contemplar. El pensador se da cuenta que no todo es armónico en el universo, no todo es bello, bueno y derecho. También existe lo curvo, lo atrofiado, lo malvado y lo tuerto. El sufrimiento no es una ficción inventada por un poeta despistado, ni un rasgo accidental en el mundo, sino un elemento primordial que, por de pronto, da que pensar. El interrogante es el aguijón de la contemplación.

El acto de pensar tiene sentido cuando surge del silencio y conduce nuevamente al silencio. El pensar es un segmento acotado por dos abismos insondables, el silencio de la contemplación y el silencio de la respuesta. El mero hecho de pensar es una gallardía, es un acto de autoafirmación. Es el intento de dar explicaciones, es la encarnación de una ambición propia del hombre que fluye entre la bruma de lo incomprendible. Si el pensar no respeta estas dos acotaciones se convierte en un cacareo infantil y absurdo.

Pero el pensar es algo inevitable para el ser humano. No puede dejar de pensar. Ante el llanto de una niña que ha perdido su padre en la guerra, ante el lamento del enfermo terminal, el sujeto debe dar respuestas. Estamos obligados a pensar, a dar cuentas de lo que vemos, de lo que escuchamos, de lo que sentimos. Aquí yace la libertad del hombre y su inmensa responsabilidad moral. El hombre está impelido a dar respuestas, a proyectar luz en la opacidad, a alumbrar el misterio del sufrimiento.

De hecho, todos los grandes pensadores de Oriente y de Occidente han dedicado esfuerzos a esta tarea, aunque no siempre de forma satisfactoria. El intento, de por sí, ya es meritorio. Pone de manifiesto el arduo ejercicio de comprensión de lo real. Una ontología que esconda el hecho de sufrir o lo disuelva en el vacío con un par de silogismos es una ontología débil que no sirve para describir metafísicamente lo real. El sufrimiento atraviesa la realidad como la médula espinal atraviesa el dorso del vertebrado. Eludir el sufrimiento es eludir un aspecto crudo y dramático de la realidad humana. Todo filósofo honesto debe enfrentarse a ello y dar respuestas. Pero debe saber, de entrada, que su respuesta es provisional y conduce de nuevo al silencio y al misterio.

A fin de cuentas el acto de pensar es un círculo que gira eternamente alrededor del misterio, pero jamás llega a disolverlo.

2. ESENCIA DEL SUFRIMIENTO

La esencia de una cosa es su naturaleza, es su forma de ser, su peculiaridad (Santo Tomás). La esencia de algo se expresa siempre en la definición. Ahí se aglutinan

los elementos característicos y primordiales del objeto en cuestión. En el caso del sufrimiento observamos fácilmente que no hay una única definición, sino un sinnúmero de aproximaciones que a veces se complementan entre sí, pero a veces se solapan.

Siempre resulta difícil acotar la propiedad esencial de una cosa. Implica un esfuerzo de concentración, de purificación de lo accidental y de atención a lo verdaderamente fundamental. Además hay que tener en cuenta que hay objetos más fáciles de definir y objetos más difíciles. Los objetos sensibles que contemplamos a través de la vista y tocamos con nuestros sentidos son más fáciles de caracterizar que los objetos inmateriales que no vemos pero que experimentamos en nuestro interior. Una silla es fácil de definir, pero el amor, el sufrimiento, la muerte, Dios o el alma, son conceptos extremadamente complejos de delimitar a través de una definición nominal.

Santo Tomás acertó cuando definió el sufrimiento como la percepción subjetiva de un mal¹. El sufrimiento siempre se relaciona con el mal y con la subjetivación o inmanentización de este mal. A partir de esta caracterización observamos que el sufrimiento implica dos factores: el mal y el sujeto. El sujeto sufre cuando siente un mal en su interioridad o en su naturaleza física.

Desde esta perspectiva el sufrimiento es un mal sentido, un mal experimentado. Cuando hay mal pero no hay un sujeto que lo viva no se puede hablar propiamente de sufrimiento. Debe decirse que sólo existe el sufrimiento individual, íntimo y personal. El sufrimiento *in abstracto* no tiene razón de ser, ni siquiera como objeto de especulación filosófica. El sufrimiento siempre es sufrimiento de una persona de carne y hueso.

Si el sufrimiento es la percepción sujetual del mal, entonces resulta extremadamente difícil objetivar esta relación, esta experiencia individual, y si no se puede objetivar, entonces no puede definirse. Esta es la primera dificultad grave que encuentra el pensador cuando trata de caracterizar esencialmente el sufrimiento. Cada cual lo vive a su modo, cada cual lo siente de una forma determinada. Cada persona lo «comprende» y lo vive a partir de su sistema de referencia, en base a su mundo de vida (*Lebenswelt*).

El sufrimiento es la realidad más íntimamente vinculada al individuo. Focaliza toda la atención del sujeto, acapara todos los sentidos y coacciona todas las emociones. Por ello, la vivencia del sufrimiento es desbordante y supera cualquier relación de posesión o de pertenencia. Desde este punto de vista, el sufrimiento es la experiencia sujetual por antonomasia y cuando hace acto de presencia todas las otras experiencias colaterales quedan reflejadas en un segundo plano, en el trasfondo.

Cuando tenemos un dolor físico grave, centramos toda la atención en ese órgano que nos duele (la muela, el riñón, la espalda...) y apartamos todas las preocupaciones o ocupaciones inmediatas que estábamos desarrollando en ese momento. Lo mismo ocurre cuando se trata de un sufrimiento interior. Cuando sufrimos sólo pensamos en aquella que nos angustia y ponemos todo lo otro entre paréntesis: nuestras relaciones sentimentales, nuestros deberes profesionales, nuestras manías y obsesiones.

¹ Cfr. *Summ. theol.* I-II q. 35 a. 1.

Todo ello nos muestra que el sufrimiento es una realidad intrapersonal y acaparadora. Cuando decimos intrapersonal nos referimos a que es algo íntimo y propio de cada cual (Ortega y Gasset). Podemos compartirlo, podemos expresarlo y comunicarlo a nuestro prójimo, pero el sufrimiento pertenece a la persona y sólo a ella. Además el sufrimiento es imprevisible. Aparece en escena sin avisar y centra toda la atención. Su protagonismo es ciertamente desagradable, sobre todo porque no avisa y margina inmediatamente todos los otros actores.

A pesar de ser una experiencia sujetual e intrapersonal, el sujeto lo expresa en el ámbito de la intersubjetividad. La expresión del sufrimiento, como la del amor o la del odio, es heterogénea y multiforme. Se manifiesta a través del rostro, del grito, del llanto, de la mirada. Utiliza distintos instrumentos y muecas para hacer acto de presencia.

A pesar de ser algo intrapersonal, el sufrimiento condiciona fuertemente la relación interpersonal. Quien sufre observa el mundo y los seres que le rodean con otros ojos. Su mirada refleja el misterio, el dolor, el grito de Job. Los ojos del que sufre esconden un secreto inefable, que sólo puede compartir quien ha pasado por la misma experiencia. Tras esa mirada penetrante se esconde tanta sabiduría... ¡Qué vacías son las palabras de consuelo, los discursos morales! Un abismo insondable separa al sufriente del mundo circundante... Todo ello dificulta enormemente el trabajo del filósofo que trata de aclarar la esencia del sufrimiento. Frente al dolor no es un espectador imparcial, sino un observador comprometido con ello, un individuo afectado también por el sufrimiento.

Frente a la dificultad, el pensador opta por describir los rasgos fenoménicos del sufrimiento, esto es, la epifanía del dolor en todos sus distintos niveles y la lección moral que se desprende de esta vivencia (*Erlebnis*). La experiencia del sufrimiento nunca deja indiferente o apático. Es un tipo de percepción sujetual que cambia profundamente al individuo que pasa por ella. Nada sigue igual: ni el mundo, ni los valores, ni las relaciones con los contemporáneos. El sufrimiento cambia integralmente el ser personal. Hasta tal punto es así, que puede ser, incluso, un revulsivo moral extremadamente poderoso.

3. EPIFANÍA DEL SUFRIMIENTO HUMANO

Etimológicamente «epifanía» significa manifestación visible, esto es, expresión en la superficie, a la vista de todos. A través de la observación cotidiana nos damos cuenta que el sufrir tiene muchos rostros, distintas manifestaciones. Delante de un mismo hecho doloroso (una enfermedad incurable o un accidente de tráfico), por ejemplo, las reacciones de las personas son muy dispares.

Existe el sufrimiento teatral en forma de grito de rebelión y sollozos continuos, pero existe también el sufrimiento subterráneo que roe las entrañas por dentro pero que parece inmutable desde el punto de vista exterior. Hay quien llora sin detenerse y con grandes espavientos, y hay quien aguanta sus lágrimas con pudor y estoicismo. Hay quien maldice el día en que nació y hay quien ofrece el sufrimiento a Dios. Hay quien se convierte en un ser egocéntrico, y hay quien se transforma en un ser pa-

ciente y humilde. El carácter y las circunstancias culturales, sociales y religiosas de cada persona condicionan fuertemente la epifanía del sufrimiento.

A pesar de esta diversidad manifestativa e interpretativa del sufrimiento, hay un síntoma general que comparte toda la especie humana. Se trata del llanto. El llanto es la reacción propia del hombre ante el sufrimiento. Es la manifestación interior y exterior de la miseria, de la debilidad, de la limitación. El llanto es una particularidad del ser espiritual, pues sólo la naturaleza espiritual es consciente de su estado de indigencia. Ser consciente significa tener un conocimiento profundo de algo. Somos conscientes de nuestras acciones futuras cuando sabemos qué vamos a hacer y por qué vamos a hacerlo. La conciencia indica siempre reflexión, meditación, responsabilidad.

El hombre, en la medida en que es espíritu encarnado, es consciente de su dolor y por ello engendra llanto. Se da cuenta que sufre y que el sufrimiento es imprevisible y acaparador. Este darse cuenta es posterior, es secundario pero propicia el llanto. El animal puede sufrir dolor, puede verse afectado por un mal, pero la expresión de su dolor no es el llanto, porque el llanto implica naturaleza espiritual y reflexión consciente sobre el dolor. Tal y como dice A. Schopenhauer, el llanto constituye junto a la risa una de las más sorprendentes cualidades de la naturaleza humana y uno de los aspectos más diferenciales respecto a los seres irracionales.

Según el filósofo alemán el llanto constituye la expresión natural de la compasión de sí mismo (*Mitleids mit sich selbst*) o la compasión retrotraída a su punto de partida. Por ello, según el filósofo del pesimismo ontológico, el llanto requiere en todo ser dos condiciones previas: primero, ser capaz de compasión y de afecto, y en segundo lugar, la fantasía.

En efecto, el llanto sólo es posible si hay afecto, si hay compasión con uno mismo o con el prójimo. Quien ama a su semejante se compadece de él cuando sufre; esta compasión engendra el llanto. Pero además el llanto requiere la fantasía. A través de la fantasía el sujeto se sitúa en el dolor del otro y puede vivirlo como si fuera suyo, esto es, como si le perteneciera. Así lo expresa Schopenhauer: «Cuando lo que nos mueve al llanto no es el sufrimiento propio, sino el ajeno, ello se debe a que, en la imaginación, nos ponemos vivamente en el lugar de quien sufre...». Ambos aspectos —afecto y fantasía— fluyen del ser espiritual del hombre.

El llanto no es la expresión inmediata del sufrimiento, sino su manifestación mediata. Así lo expresa el autor de *El mundo como voluntad y representación*: «El llanto no es en modo alguno expresión de dolor, ya que raramente se llora en medio del dolor. A mi entender, nunca se llora de inmediato por el dolor sentido, sino sólo en base a su recreación por parte de la reflexión (*Wiederholung in der Reflexion*). Ciertamente, a partir del dolor experimentado, aun cuando éste sea físico, se pasa a tener una mera representación (*blossen Vorstellung*) del mismo y entonces uno encuentra su propia situación tan digna de compasión como para convencernos de que, si fuera otro quien la padeciera, se prestaría a auxiliarle embargado por el afecto y la compasión».

En efecto, el llanto es la expresión indirecta del sufrimiento, esto es, la manifestación mediatizada a través de la reflexión, o sea, filtrada por el espíritu. El dolor en

sí mismo no engendra el llanto, pero la reflexión en torno al dolor que uno sufre sí que propicia el llanto. Desde este punto de vista, el llanto es una reacción posterior y autoconsciente del sufrimiento. Quien no es consciente del dolor que sufre, quien no se compadece de sí mismo, no conoce el llanto.

Hay que tener en cuenta, además, que el llanto no sólo emerge de la reflexión consciente sobre el dolor personal, sino de la comparación con el estado de salud o de felicidad. El sujeto se traslada por medio de la fantasía a su estado anterior. Compara ambas situaciones y se pregunta por qué ha caído en desgracia, por qué ha tenido que sucederle a él y no a otro. El llanto aumenta de tono cuando el sujeto se enfrenta a su pasado y reclama explicaciones.

La percepción inmediata del mal (sufrimiento) y la subjetivación mediata del sufrimiento (llanto) plantean también otra cuestión: la cuestión del porvenir. El hombre, en la medida en que es un animal histórico, se pregunta por el futuro, por lo que va a sucederle el día de mañana. Esta cuestión le preocupa gravemente: ¿Qué va a ser de mí? ¿Cuándo y cómo se va acabar mi sufrimiento? ¿Qué otro sufrimiento me depara la vida? ¿Hasta cuándo tendré que aguantar? El agravio comparativo con el tiempo pasado (¡que siempre fue mejor!) y la incertidumbre del futuro alimentan el llanto y su razón de ser.

En resumen, el llanto es la epifanía más peculiar y propia del sufrimiento humano. El animal solloza, tiembla y huye del mal, pero desconoce el llanto, porque el llanto emerge en el seno del espíritu encarnado. Sin embargo, el llanto no sólo tiene un aspecto negativo, sino que puede ser aleccionador, puede ser fuente de moralidad y de conocimiento interior. Cuando el hombre reflexiona sobre su dolor, se da cuenta de cuál es su puesto en el cosmos (parafraseando a M. Scheler) y de cuál es su verdadera naturaleza.

El llanto es el gran desenmascarador de la ficción. A través de él, el hombre se reconoce a sí mismo como un ser débil, pequeño e indigente. Cuando nuestra vida se ve alterada completamente por un dolor de muelas, nos miramos al espejo y decimos: «¡Qué poca cosa somos!». Este reconocimiento es un signo de la grandeza humana y de la diferencia cualitativa que existe entre el animal irracional y el ser espiritual. Como dice Pascal en uno de sus pensamientos, la grandeza del hombre consiste en que es sabedor de su pequeñez y de su miseria. El animal también es débil, pero desconoce su debilidad.

El llanto coloca al sujeto frente a la desnudez de su misma esencia. Aclara la vista, difumina las falsas ilusiones y los cuentos metafísicos en torno de la condición humana, y permite ver con autenticidad lo que somos y lo que no somos. Esta lección de transparencia es, de por sí, un aspecto positivo del llanto.

4. EL LEGADO MORAL DEL LLANTO

El llanto no sólo es un factor de transparencia real, sino un maestro de virtudes morales. Frente al sufrimiento como frente a la muerte, el sujeto pasa por varias etapas psicológicas. K. Ross ha investigado con profundidad el itinerario mental de un moribundo hasta el final de su vida. Partiendo de su esquema, vamos a ver tres momentos distintos cronológicamente en la percepción subjetiva del mal.

Al principio el sujeto se cierra dentro de sí y trata de negar o disimular el mal. Esta es la fase de negación. En esta primera etapa, la persona no quiere aceptar lo que le está pasando y prefiere fingirlo. Esta primera operación mental conlleva todavía más angustia y abandono. El paciente se refugia dentro de sí y sonríe externamente. No quiere que los otros se den cuenta de su mal y por ello lo disimula. Esta rebelión desafiante o negación sistemática de un mal que escuece intensamente es una actitud infantil e inmadura. Al principio queremos negarlo, queremos taparlo y disimularlo. Nos cuesta aceptar la nueva situación y la negamos mentalmente. Esta *fuga doloris* constituye el primer tramo en la lucha psicológica con el sufrimiento.

Tras esta primera fase de negación infantil, aparece la segunda etapa, que es la aceptación y resignación. Esto sucede cuando el sujeto se da cuenta que no puede hacer nada y que aquélla es su situación. Entonces acepta su estado y lo comunica a sus semejantes con autenticidad. El juego de sonrisas y ficciones se acaba y empieza el lamento y el sollozo. Esta fase de reconocimiento y apertura a la alteridad indica un alto grado de madurez y de autocontrol personal. El paciente deja a un lado sus prejuicios y se presenta tal cual a sus familiares y amigos. Esta operación es positiva porque el sufriente cae en la cuenta que no está solo en el mundo, y que los seres que le aman quieren compartir su sufrimiento y aliviárselo. Sentirse amado, sentirse querido es un factor liberador de suma trascendencia.

El tercer paso es la inmanentización del sufrimiento o la autoconciencia del mismo. Esta operación es el llanto. A través de esta introspección, el sujeto descubre un inmenso mundo de virtudes morales. La reflexión sobre el sufrimiento genera auto-compasión, pero dilata vastamente la perspectiva moral del sujeto. Ya no somos lo que éramos. Nuestra actitud frente a la vida y frente al prójimo cambia vertiginosamente desde la experiencia del sufrir. Descubrimos un universo de valores que subsisten letárgicamente en la entraña del yo.

En primer lugar, aprendemos a ser pacientes. La paciencia es la capacidad de soportar con alegría las deficiencias de uno mismo y las del prójimo. Cuando una persona sufre, aprende a ejercitarse en esta virtud, aprende a esperar y a aguantar. Es más paciente consigo mismo y con los otros. Acepta el mal y comprende el dolor de sus contemporáneos. La paciencia es un valor moral que se opone a la eficacia, a la rapidez y al nerviosismo. Quien ha sufrido, aprende a ser paciente con los otros y menos exigente.

En segundo lugar, aprendemos a ser tenaces. El sufrir conlleva siempre una lucha de uno consigo mismo. La superación del dolor pasa inevitablemente por la tenacidad frente a él y el esfuerzo continuo del sujeto. El dolor es la prueba de fuego del sujeto. Prueba el grado de tenacidad moral que tenemos y nuestra capacidad de luchar y no sucumbir. Ser tenaz en la contienda con el dolor implica un alto grado de heroísmo moral.

En tercer lugar, aprendemos a ejercitarnos en la auténtica esperanza. La esperanza es la confianza en que el dolor cesará y recuperaremos nuevamente la salud. Sin esperanza, el sujeto defallece y se hunde lentamente en el pozo de la depresión. Desde este punto de vista, la esperanza es el antídoto de la desesperación y del ocaso del sujeto. La verdadera esperanza es la que emerge de un estado grave y difícil. Tener

esperanza cuando todo marcha bien, no tiene mérito alguno, pero tener esperanza cuando el sufrimiento escuece en nuestro interior y los partes médicos son graves, esto sí que es difícil. El sufrimiento nos conduce a la verdadera esperanza.

En cuarto lugar, aprendemos a ser solidarios con los otros. El sufrimiento despierta también la virtud de la solidaridad y de la misericordia. A través de él, nos situamos en la esfera del otro y llegamos a comprender su estado de indigencia. La misericordia estrecha los lazos humanos, hermana las personas alejadas y disuelve las viejas manías. Es un verdadero catalizador de la amistad civil o cordialidad.

En quinto lugar, el sufrimiento nos enseña a ser humildes. La humildad que aprendemos del dolor puede ser de dos tipos: moral y ontológica. En ambos casos el sufrimiento se revela como el factor liberador de la soberbia o vanidad.

5. EL DESCRÉDITO DE LA SOBERBIA

I. Kant define la soberbia con estas palabras: «La soberbia no consiste en arrogarse un valor y una estima en términos de igualdad con los otros, sino en la pretensión de detentar una estima más alta y un valor más preeminente en relación con uno mismo, así como en hacer gala de un menosprecio absoluto respecto a cuanto atañe a los demás». Y añade el sabio de Königsberg: «La soberbia es tan odiosa como ridícula, ya que se trata de una valoración enteramente subjetiva. Cuando uno pretende ser respetado por los demás, no debe comenzar por exigirlo ni por infravalorarles, ya que con ello no suscitará respeto alguno, conseguirá más bien que todos se burlen de semejante pretensión».

La realidad física es plural y también lo es la humanidad. En la especie humana, como en la naturaleza animal, hay enormes diferencias entre unos individuos y otros. Hay seres inteligentes y toscos, hay seres bellos y feos, hay ricos y pobres. Estas diferencias posibilitan el arte, la política y la comunicación. No obstante, hay individuos que se apuntanlan en su diferencia como si fuera su torre de marfil, y la convierten en un argumento de superioridad, esto es, en un instrumento de desprecio hacia quienes no comparten sus características: físicas, intelectuales, sociales, económicas o políticas. Esta pretensión de detentar una estima más alta y un valor más preeminente en relación a los otros es la soberbia.

Tal y como dice Kant, la soberbia es odiosa y ridícula porque se trata de una valoración completamente subjetiva. Es cierto que existen diferencias objetivas entre los hombres; sin embargo, estas diferencias no deben servir como instrumento de altanería ni como argumento de superioridad. Cuando uno trata de marcar su superioridad de esta forma, sólo consigue poner de manifiesto su inferioridad y limitación. Lo único que consigue el soberbio con su obsesión es convertirse en objeto de desprecio.

La soberbia y la vanidad todavía son más ridículas a la luz del sufrimiento. Es verdad que somos diferentes. Esto es indiscutible. Pero hay algo que nos une íntimamente a todos los hombres: el sufrimiento. Ni el rico, ni el inteligente, ni el sabio escapan del sufrimiento. El dolor nos une y nos iguala a todos. Frente al dolor, las diferencias se disuelven y las jerarquías carecen de sentido.

A la luz de esta experiencia dramática y universal, la soberbia es el colmo de la estupidez. Por ello, el llanto es el verdadero agente desenmascarador de la soberbia, o altanería. A fin de cuentas, el llanto pone de manifiesto que no somos tan importantes como creemos, ni tan necesarios para la vida. El más mínimo aguijón puede alterar completamente nuestra vida y nuestros proyectos de futuro. A la luz del sufrimiento, la soberbia es tan ridícula como enojosa.

Añade Kant a continuación: «Las personas de verdadero mérito no son ni soberbias ni fatuas, sino humildes, porque su idea sobre el verdadero valor es tan elevada que no pueden satisfacerla ni igualarse a ella, y son conscientes en todo momento de la distancia que les separa de ese ideal».

El sufrimiento nos enseña a ser humildes. A través del dolor nos damos cuenta que nuestra existencia es efímera e inconsistente. Este reconocimiento es la verdadera mayoría de edad del hombre.

6. HUMILDAD MORAL Y HUMILDAD ONTOLÓGICA

Tal y como se ha dicho más arriba, desde el punto de vista filosófico pueden distinguirse dos tipos de humildad: la moral y la ontológica. La humildad moral es una actitud personal que se caracteriza por la sencillez, el desprendimiento del yo y el reconocimiento de los propios defectos y negligencias. El humilde moral se da cuenta de sus errores, de sus limitaciones y acostumbra a olvidarse de sí mismo en la conversación. El hombre humilde es sencillo y prefiere escuchar antes que hablar o imponer su punto de vista. Es un ser receptivo que se hace respetar por su actitud. El sufrimiento, tal y como se ha dicho anteriormente, es un bien catalizador de esta actitud moral porque limita las aspiraciones del individuo y corta sus aires de grandeza.

Pero existe también la humildad ontológica. Este tipo de humildad tiene unos rasgos diferentes y específicos. En primer lugar, se trata de una actitud existencial y no de una actitud ética. Una actitud existencial es una forma de ver y entender el mundo que, obviamente, implica una determinada actitud moral, pero fundamentalmente es un modo de existir que se caracteriza por la pequeñez y el respeto para con los otros.

Metafísicamente el ser admite una doble distinción: el ser necesario y el ser contingente. El ser necesario es el ser que tiene su razón de ser en sí mismo, esto es, el ser que existe y no puede dejar de existir, que existe por sí y en sí (*in se et per se*). Desde el punto de vista teológico, Dios es el ser necesario por antonomasia porque existe necesariamente y no depende de ninguna otra existencia. El ser necesario es autárquico e independiente, es decir, no precisa de nada ni de nadie para ser, ni para seguir siendo. El ser necesario es y no puede cesar de ser.

El ser contingente, en cambio, es el ser que es, pero puede dejar de existir. Es el ser que no tiene la necesidad en su seno, en otras palabras, el ser que podría no haber sido jamás. El mundo entero es contingente. Ninguna realidad física o espiritual tiene la razón de ser en su esencia: ni el pájaro, ni la planta, ni la flor, ni el río, ni el mismo hombre. Todo es contingente. Son, pero podrían no haber sido, y el mundo seguiría igual. Desde esta perspectiva, puede concebirse el ser contingente como la existencia que linda el ser y el no ser.

La muerte, de la que no escapa nadie (San Agustín), es la expresión más gráfica y visible de la *contingentia essendi*. La muerte no es una pérdida más, sino el destino final de nuestra vida terrenal y el interrogante más acuciante y que atraviesa toda la existencia humana. Frente al morir nos damos cuenta que nuestra existencia no es necesaria, ni absoluta, sino efímera y pasajera. La humildad ontológica se relaciona íntimamente con el pensamiento de la muerte y su entorno. Quien jamás se detiene a meditar sobre su muerte venidera, desconoce el sentido de la humildad ontológica.

Este es una de los problemas más graves de nuestro tiempo. El hombre vive como si no tuviera que morir jamás, como si su existencia fuera eterna. Vive endiosado. Esta actitud prepotente y ficticia frente a la vida es fruto de una mentalidad tecnocrática y autosuficiente. La experiencia cotidiana nos muestra día a día que el mero hecho de existir conlleva sufrimiento y muerte. Reconocer esto es ya un gran paso hacia la humildad ontológica.

La muerte es la expresión más patente de la contingencia de nuestro ser. Pero también el sufrimiento pone de manifiesto la efímera existencia del hombre. Un accidente de tráfico, una indigestión, una infección venérea, un desengaño amoroso nos hacen caer en la cuenta que ni yo ni los seres que me rodean son tan necesarios como pensaba. El sufrimiento es un serio aviso a la actitud contraria a la humildad, esto es, a la vanidad ontológica.

La filosofía debería enseñarnos cuál es el verdadero puesto del hombre en el cosmos y cómo debe enfrentarse al sufrimiento y a la muerte. Ni Séneca ni Montagne se equivocaron cuando definieron la filosofía como una pedagogía de la muerte. Desde este prisma, la filosofía es un discurso existencial que se enfrenta a la contingencia del ser con autenticidad y veracidad.

El sufrimiento despierta en el individuo la humildad ontológica. Esta humildad puede llevar al escepticismo o a la esperanza de sentido. El escéptico se hunde en la contingencia y en el absurdo. El segundo, en cambio, trata de hallar un sentido en ese perpetuo fluir que es la existencia. En ambos casos, el sufrimiento es determinante. Nos enseña a ver la realidad con ojos honestos y sinceros. La expresión vital de la humildad ontológica es, obviamente, la humildad moral.

En definitiva, el sufrimiento es en sí mismo una realidad negativa porque es la percepción subjetiva de un mal. Sin embargo, puede ser instructivo desde el punto de vista existencial (humildad ontológica) y desde el punto de vista moral.

FRANCISCO TORRALBA ROSELLÓ

Universidad Ramón Llull.